

rarán el paso ; sábanas de arenas abrasadas , sin un árbol; lagos corrompidos, sin una onda; lodazales inmundos, sin una piedra donde fijar el herido pié, se presentarán para más atormentarnos; nuestra bebida será agua venenosa , nuestro alimento acres raíces, nuestro lecho el duro suelo; y no puedo consentir que tú, tan hermosa, pierdas tu blancura , el sonrosado color de tus mejillas, la morbidez de tus carnes, la alegría de tus ojos, y te quedes como el esqueleto de un anacoreta, por seguir la suerte de este infeliz á quien han maldecido los dioses.

DAMAYANTIA.

¿Qué me importa, qué me importa todo eso? Soy tu esposa, y debo seguir tu misma suerte, sea cualquiera nuestro destino. A ti me han unido los dioses, y solamente los dioses pueden de tí separarme. Hay una fuerza superior á todo, y esta fuerza es mi amor y el juramento que te he prestado. Así como feliz te hubiera seguido al trono, desgraciado te debo seguir al desierto. Y no habrá ni tempestad en la naturaleza ni dolor en el corazón que sean bastante fuertes para separarme de tí. A donde vayas irá contigo la mujer que elegiste entre todas las mujeres para tu

esposa. No busqué tu poder ni tus tesoros al llamarte esposo; busqué tu corazón, y tu corazón no me ha de faltar en el desierto.

LOS JUGADORES (*entrando en el palacio de Nala*).

Todo esto es nuestro, y todo lo hemos ganado al juego, es decir, de una manera santa, que nos dá un título sagrado. Dános, Damayantia, tus vestidos de seda amarilla, tus mantos celestes, tus abanicos de cisne, tus diademas de perlas, tus sandalias de oro, tus collares de esmeraldas y tus magníficos brazaletes, hasta el que llevabas el día de tus bodas; porque todo es nuestro. Este palacio con muros de color de púrpura, con torres del color del sol, defendido por fosos llenos de agua y esmaltados de nelumbos, variado por arcos de oro y pilares de plata maciza, defendido por soldados tendidos en carros de marfil y cubiertos con pieles de tigres, perfumado de áloes, lleno de férreas lanzas, de nobles elefantes, de caballos con ricos caparazones, de estandartes cogidos en cien batallas, de jardines, de pavos reales, de vasos de ámbar que rebosan espirituosos licores, de lechos cubiertos de tapices variadísimos; este palacio tan hermoso es nuestro, lo hemos ganado, y venimos á que nos lo entregue su antiguo dueño.

DAMAYANTIA (*saliéndoles al encuentro*).

Tomad mi diadema, mi manto, mis sandalias, mis collares, mis esmeraldas. Me basta por diadema el amor, por manto mi cabellera, por collar los brazos de mi esposo.

LOS JUGADORES.

Vas á dejar tu aposento de corales, las ventanas de lápiz-lázuli en que muestras tus gracias al pueblo; tus macetas de cristal en que cultivas las flores para tejerte guirnaldas; los reclinatorios de marfil en que pides proteccion para tu reino á Indra; los tapices de mil colores donde están bordadas las tierras de tus perdidos dominios; los mil pajarillos cuyas parleras lenguas desde las jaulas de oro te saludan con un arpegio infinito de amor; los surtidores de estas fuentes que suben á los cielos y se arrebolan con los resplandores de la luz; las mil pomadas con que untas el cuerpo de tu esposo; el lecho de bambú en que recibiste el primer beso del amor; las lámparas que despiden por la noche una luz azulada y tibia como la luz de la luna; toda tu ventura, todo poder.

DAMAYANTIA.

Pero no á mi amado.

LOS JUGADORES.

Desceñíos el traje, que es nuestro.

DAMAYANTIA Y NALA.

Ya os hemos dado nuestros mantos, nuestras diademas, nuestros collares.

LOS JUGADORES.

Ciertamente. Pero no podeis llevar ni aun ese vestido que cubre vuestras carnes, porque nos pertenece. Desnudaos.

DAMAYANTIA.

¡Cielos! Nunca, nunca. Vámonos. Ya es de noche. La oscuridad protegerá nuestra fuga. Allí os dejaremos colgados de un sáuce nuestros vestidos. ¡Oh! Adios, adios, mansion de mis amores.

NALA.

Adios, dichoso palacio, adios para siempre. Aquí se queda ¡oh dioses! mi corazon. Me parece que veo levantarse á mis hijos maldiciéndome y

preguntándome qué hice del patrimonio que debía conservarles. Huyamos, ya que quieres seguirme, á ocultar en los bosques nuestro dolor y nuestra vergüenza.

LOS DIOSES.

Ved, ved á Damayantia y Nala perdidos en el desierto. Sin ruta, sin camino, sin direccion ninguna; desnudos, expuestos á las continuas picaduras de los insectos; desgarrados sus pies por las zarzas, azotadas sus espaldas por las plantas parásitas que penden de los altos árboles; heridos ora por los rayos de un sol abrasador, ora por las frias ráfagas de viento de una noche tormentosa; hollando ya volcanes no apagados cuya ardiente lava los abrasa, ya inmensos lodazales en que no pueden dar un paso; asaltados á cada instante por la tempestad que truena y súrca con el relámpago los negros cielos y enciende con el rayo los bosques; amenazados por los ahullidos de todas las fieras, que arrojan sobre ellos las maldiciones de la naturaleza; sin más alimento que raíces, sin más abrigo que fugaces hojas, sin más asilo que la cabaña de troncos secos levantada hoy para caer mañana, parecen dos imágenes del dolor y de la desesperacion errantes por la tierra.

NALA.

¡Oh Brahama, no me escuchas! Todas las nubes que el sol ha arrancado á los mares, se amontonan en nuestro camino y se precipitan en lágrimas sobre nuestra frente. El suelo es un inmenso lago que ha borrado todas las sendas, y el cielo es un inmenso abismo que se ha sorbido todos los astros. De vez en cuando las ráfagas de tempestuoso viento disipan ligeramente las nubes, y el sol nos muestra su rostro pálido como si tomara parte en nuestras penas. No podemos acercarnos á los cañaverales, porque guardan cocodrilos, ni á las cuevas, porque encierran tigres, ni á los troncos de los árboles, porque tienen serpientes; y por do quier la vida nos rechaza de su seno. ¿Por qué, por qué no mandas una de tus negras flechas para que se clave en nuestros corazones, y beba nuestra sangre, y acabe para siempre con esta vida, que es un continuo dolor? Entonces nuestros espíritus, perdidos en el gran todo, derramados por las venas de la naturaleza, alimentarian con su sávia los lothos, con sus dulces suspiros los aires, teñirian con sus reflejos los cielos, bordarian con las chispas de su luz las estrellas, y no serian eterna noche iluminada

sólo por una desesperacion infinita y eterna. ¡Oh! La vida nos rechaza de su seno.

DAMAYANTIA.

No te desesperes. Cuando cese la lluvia, el sol vendrá á besarnos el rostro macilento, deslizándose sus brillantes rayos entre las verdes hojas; y por la noche nadará la luna en el cielo sereno, coronada con una guirnalda de estrellas. La humedad hará que broten flores para la purificacion de los aires, y las flores darán frutos que vengan ya maduros á caer por su propio peso á nuestras plantas. El lago sereno y libre de la tempestad continúa que ha descargado sobre él sus torrentes, lucirá blancos lotos, purpurinos nelumbos y ninféas celestes. Por las aguas cruzarán cisnes, y por los aires palomas. El desierto con toda su majestad será nuestro templo. Los troncos de los árboles cubiertos de resinas atraerán mariposas, abejas, y toda suerte de pintados insectos, como estrellas perdidas en la claridad del dia entre las sombras de los bosques. Y con flexibles palmas nos ceñiremos un traje, y con las celestes campanillas hermosas coronas, y con los rojos granos de la zarza-rosa ensartaremos collares que den al coral envidia; y en una cabaña alzada en los des-

filaderos, junto á los torrentes, al pié de una palmera, podremos entregarnos en paz á nuestros amores, comunicándonos más de cerca con el eterno espíritu que está derramado en toda la naturaleza.

NALA.

Por allá veo el tigre, que nos mira con traidores ojos y muestra sus amenazadoras quijadas. ¿Dónde están mis hábiles cazadores? El elefante celoso arranca en aquella selva árboles de raíz, y pronto vendrá á cebar en nosotros su rabia. ¿Qué se hicieron mis soldados, grandes domadores de elefantes? No nos acerquemos á aquel árbol, no sea que se despierte una serpiente allí dormida. ¿Por qué, por qué perdí al juego mis arcos y mis flechas? El rio nos cierra el paso, y entre sus espadañas se esconde el cocodrilo. ¡Ay de mis tranquilos estanques! No andes, Damayantia, porque por todas partes puedes pisar víboras. ¿Quién llevará nuestras sandalias de oro? El viento desencadenado levanta olas de arena que azotan nuestro rostro. Este viento, al llegar á nuestros dominios, será como una brisa dulce que mueva blandamente las hojas de los plátanos llenos de ruiseñores y canarios. Aquel volcan despiende lava

que llega derretida como una negra culebra has-
ta nuestros piés. Huyamos, huyamos. ¡Oh! Cuan-
do salíamos á pasear, nuestros vasallos arrojaban
una alfombra de rosas en el camino. El sol lanza
sus rayos, que tuestan la piel. ¿Dónde estará el
quitasol de púrpura que arranqué al más podero-
so de los reyes en una batalla campal? Cielo des-
piadado que nos envias insectos cuyos agujones
envenenan nuestras carnes, acuérdate, para com-
padecerme, de aquel tiempo en que las más her-
mosas doncellas que han alumbrado tus astros
hilaban lino para mis túnicas. ¡Ay! Ahora de to-
do estamos desnudos, hasta de la misericordia de
los dioses.

DAMAYANTIA.

¿Qué veo? El aire ha levantado una porcion de
hojas secas que ocultaban un viejo manto. Con él
podemos cubrirnos los dos un poco á las inele-
mencias de la naturaleza.

NALA.

Los príncipes de la India, los que pisaban se-
da y tenían el palacio más hermoso del Oriente,
ahora se alegran de encontrar un pobre y roto
manto perdido por algun desgraciado, víctima de

las fieras, como acaso lo seremos nosotros ma-
ñana.

DAMAYANTIA.

Pero, amado mio, no te han de faltar nunca,
mientras yo viva, mis brazos que se suspenderán
á tu cuello, mi seno donde puedas reclinar tu he-
rida frente. No hay medicina para el cuerpo, ni
consuelo para el alma, como los cuidados de una
esposa.

NALA.

Tus cuidados son mi único alivio; tus ojos la
única estrella que brilla en esta oscuridad.

DAMAYANTIA.

¿Quieres que vayamos á los dominios de mi
padre, y nos arrojemos á sus piés pidiéndole per-
don?

NALA.

No. ¿Cómo quieres que me presente yo, antes
feliz, á tu padre, para mostrarle la indigencia y
la desgracia en que te he precipitado? Nunca, Da-
mayantia, nunca. Antes quiero la muerte.

DAMAYANTIA.

Reposemos un instante. El sueño endulzará un poco nuestras penas... (*Se duermen los dos bajo un árbol.*)

ORIEL.

Allí veo dos infelices. Duermen sobre las hojas diseminadas por el viento, y en sus rostros se ve un dolor infinito, á pesar de la tranquilidad de su descuidado sueño. Nunca el sueño abandona á los humanos, ni aun en medio de sus más grandes y más acerbos dolores. ¡Ah! Todos hemos nacido para padecer; todos llevamos marcada la frente con el sello de una reprobacion que no se borrará nunca. Pero yo he visto al rey en su palacio, al sacerdote en su templo, al guerrero en su carro ó en su elefante, al comerciante en su tienda, al sudra, al trabajador en su cabaña; y no he visto sér ninguno tan desgraciado como yo. Mi vida es la soledad, mi habitacion lós bosques, mis compañeros los brutos, mi trabajo errar sin guia por esta tierra á merced de sus inclemencias. Si al ménos, al levantarse el sol, ó al tender la luna sus plateadas gasas, ó al abrir las flores sus corolas y gorgear las aves en la enrama-

da, ó al sonar la tonante tempestad en los montes, supiera quién mueve el sol, quién platea la luna, quién abre las hojas del cerrado cáliz, quién llena de armonías la arpada garganta del ave y de horrisonos truenos la tempestuosa nube, tendria un sér á quien comunicar mis dolores, y cuyo seno me serviria de refugio y de consuelo. Muchas veces, en la puerta del templo, escondido á la vista de los fieles, trémulo, anhelante, he visto el ara coronada de flores, el fuego brillando alimentado por la manteca que se perdía en humo entre los aires, el dios cubierto de pedrería; y cuando he querido llamarme también hijo de aquel dios, recibir su luz, participar de sus ceremonias, me he encontrado con que á latigazos me arrojaban del templo, suspendiendo por nefasto aquel sacrificio que yo habia manchado con mi sombra. Escondámonos, sí, escondámonos. No quiero interrumpir el sueño de estos infelices; porque si los despertara, se horrorizarian de verme. Son desgraciados, andan errantes y desnudos por los bosques, duermen á la intempérie, muestran en los círculos morados que rodean sus ojos la desesperacion de sus ánimos; pero, al ménos, son dos, y no como yo, que ando solo, siempre solo, por montes y por valles. ¡Infeliz de mí!

¿Dónde hay dolor semejante á mi dolor? Pero me esconderé, no sea que se despierten y se horroricen al verme.

NALA (*despertándose*).

¡Oh! ¡Qué sueños tan funestos! Avisos son sin duda de los dioses, que me dicen cuán desgraciado soy. Me incorporaré. No puedo, no, dormir. Al dolor se une el remordimiento. Tú duermes tranquila ¡infeliz! amparada por las blancas alas de tu inocencia. ¡Qué hermosa está! No se despierta. Su seno palpita con el movimiento de la vida; su respiracion es como la de un niño en la cuna; sus párpados apenas pueden ocultar ni entre las sombras del sueño la luz de sus ojos, y sus carnes, amaratadas antes con el azote de los elementos, han tomado en brazos del reposo toda su tersa transparencia, mostrando el movimiento de su sangre como la clara lámpara trasparente la luz que guarda. ¿Por qué te hice infeliz? ¿Por qué unió la suerte una diosa de Merú á un vil que merecia ser pária? Te has sacrificado por mí. Yo no puedo consentir este sacrificio. Mi corazon me dice que serás desgraciada mientras te alcance mi sombra. Si me aparto de tí, las Apsaras te bajarán del cielo ricas vestiduras, los dioses te toma-

rán por esposa; ese duro suelo en que duermes, se tornará en lecho de placer; y ese manto rasgado y viejo, una tela celeste sembrada de estrellas de plata, como la que caía rozagante de tus hombros en el dia de nuestras bodas. Te amo como el viajero perdido en abrasado desierto ama la fuente y el oasis; pero, porque te amo, debo abandonarte. Sí, me despido de tí para siempre, para siempre, en justo testimonio de mi amor. ¡Oh! Y abandonada á su triste suerte, caerá entre las garras de las fieras. Sola, errante, cuando venga la noche, se morirá de terror. El hombre es un extranjero en la tierra. Puede el ave dormir en una rama, sin más techo que la hoja suspendida sobre su cabeza, y el hombre necesita apartarse de la naturaleza, encerrándose en una cabaña honda y oscura. ¿Quién recogerá sus amargos suspiros? Si yo la abandono, ¿quién la guarecerá contra todos los elementos desencadenados en su daño? Sér débil, en una gota de agua se ahogará, si le falta el calor de mi alma, que es el fuego de su vida. ¡Oh! No, no me separaré de tí. Antes mil veces aguardaré aquí el frio paso de la muerte, que oigo resonar ya en la tierra. Sí, muramos juntos, muramos, y al ménos bajaremos, ya que los dioses nos maldicen, unidos al profundo abis-

mo, donde nos aguarda un dolor sin límites y una noche sin término. Pero ¿preferiré nuestra unión á tu ventura? Si me quedo aquí, veré cómo se apagan sus ojos, cómo el rosado carmin de sus mejillas se desvanece, cómo su voz espira en su garganta, cómo aquella hermosa criatura que yo estreché tantas veces contra mi amante corazón, se vuelve un asqueroso esqueleto; y su sangre que ahora late, se pierde; y su aliento que me embriaga, se disipa; y su corazón se para; y se quedan yertas sus carnes, y se corrompe á mi vista sin que pueda yo hacer más que morir con ella, renegando de todo, maldiciendo mi destino. No puede ser. Yo te abandono. Siento un dolor tan grande como si viera tu cuerpo en la hoguera funeraria, pasto de las llamas que te convirtieran en cenizas para difundirte por otro cuerpo y por otros seres. (*Se levanta, dispuesto á partirse*). ¡Oh! Una fuerza superior clava aquí mis plantas. No puedo moverme. Tú me atraes con la atracción de tu amor. Mis labios buscan tus labios, como la abeja busca la corola de la flor para libar su miel. ¿He de verte morir? No; muere en paz, muere lejos del que ha sido causa de tu desgracia. Para siempre, para siempre nos separamos. (*Se vá, y vuelve.*) ¿Y la voy á dejar aquí? Estará

abandonada al calor, al frío, á los insectos, á las tempestades, á la muerte, á la dura muerte. ¡Cuando se despierte, me maldecirá! Pero ¿y si en mi presencia anochece su vida? Yo no puedo tolerar este dolor. Muera yo solo. Tal vez los dioses la protejan. Tal vez las alimañas feroces la compadezcan al verla tan hermosa. Sí, separémonos. Mi corazón queda aquí, mi amor se cierne sobre su frente; pero no puedo ver, no, mi propia víctima morir en mis brazos. Dudo, vacilo, tiemblo. ¡Oh! No. Para siempre, para siempre, para siempre. Me arrancaré la vida. (*Se pierde en el bosque*).

ORIEL (*saliendo de la caverna*).

¡Y la ha dejado sola! ¡Bárbaro! Dormida, dormida... Parece un inocente niño en una cuna de flores, que acaba de dormirse tranquilo sobre el maternal regazo. Su rostro inundado con la luz de purísima hermosura; sus ojos entornados; sus labios ligeramente abiertos como para recoger un beso del aire; su pecho que apenas se levanta á impulsos de su dulce respiración; su corazón que palpita con celeridad, contando los sentimientos que lo mueven; el velo de sus formas, cándido como el tejido que cubre una azucena, revelan

un sér superior á mi, que no me atrevo á mirar, temiendo quedarme ciego con la viveza de sus resplandores. ¿Se habrá acaso encerrado en ese hermoso cuerpo el secreto divino que busco por las selvas? (*Se arrodilla*). Dime, hermosísimo sér, ¿eres tú la luna que ha bajado á la tierra? ¿Eres una de esas estrellas que veo yo desde la puerta de mi choza, y que me llaman muchas veces con su dudosa luz? ¿Eres una de esas fantásticas fugaces figuras que mis secos ardientes ojos ven perderse en las ráfagas del viento que sobre los abismos azota la copa de los cedros? ¿Eres una de esas ilusiones que las mariposas forman suspendidas sobre los floridos almendros? Si te despertaras y quisieras venir conmigo por las selvas, sería feliz. Yo te alojaria bajo las sombras de los aromáticos magnolios, cuyas hojas perfuman hasta los cielos; te mostraria desde lo alto de los peñascos las nubes rozando tus plantas como una bandada de palomas; te llevaria á la orilla de los lagos para que mirases en su azul superficie tu hermosura; recogeria la miel que las abejas depositan en la corteza del sándalo, para perfumar tus lábios; fabricaria con hojas de cedro, y palma, y mirtos, y flores de azahar, un lecho para que reposaras tranquila; te pasaria á

nado por los rios, y en hombros cuando te cansases, por las selvas; te enseñaria cómo nace y muere el sol, cómo se llena el cielo de estrellas, cómo la luna se mira en las aguas; y tú en cambio levantarías un altar coronado de flores, y entre el fuego y el humo del sacrificio me enseñarias los dioses de tus gentes y de tu patria. Pero... se despierta... huyamos, huyamos.

DAMAYANTIA.

¡Qué feliz soy! He soñado que estaba en los jardines de mi padre, bajo un granado cubierto de flores, á orillas de un arroyo, mirando la melancólica faz de la luna, y oyendo el cántico del ruiseñor, apoyada en tí ¡oh Nala mio! como la yedra en el tronco del cedro, y mezclando á los tuyos mis suspiros, como se mezclan los aromas de dos flores nacidas en un mismo tallo y que beben á un tiempo el rocío del cielo. Pero ¡qué veo! ¡Nala! ¡Nala! No está, no está, no está. Le habrá devorado alguna fiera. ¡Qué horror! ¡Nala! ¿No oyes mi voz que te llama con lacrimoso clamor? ¡Nala! ¡Nala! ¡Ah! sí, me contesta; su voz, más dulce que el cántico de la alondra en la mañana, responde amorosa desde el seno de aquella gruta cubierta de enredaderas, á mi amante voz. ¡Nala!

¡Oh! Me he engañado. No es él, no es él. Es el eco que repite mi clamor, el eco cruel que se burla de mi lamento. Como yo, fiel esposa, he entregado el corazón á mi esposo, le he seguido á todas partes, le he imitado en todas sus acciones, he bebido en mis ojos su mirar, he modelado mi naturaleza por su naturaleza, he sumergido mi existencia en su existencia, he mezclado mi sér con su sér, cual se mezclan dos gotas de lluvia caídas en una misma hoja; mi voz me parecía su voz, pues no se distinguen nuestros acentos, como no se distinguen nuestras dos almas reunidas en una sola, á la manera que dos nieblas arrastradas por los vientos y venidas de distintos puntos del cielo se reúnen amorosas en una sola nube. Levantémonos. Se habrá escondido para burlarme, queriendo ver en mi pena un testimonio vivo de mi amor. Pues no te daré ¡ingrato! ese placer. Sé que estás aquí. Tal vez te hayas ocultado tras este cedre. ¡Ay! no, no. Solo veo el verde lagarto que se desliza entre las zarzas. ¿Estará en aquella caverna? ¡Oyeme, óyeme! ¡Oh! Sólo oigo el mugido de la pantera. ¿Se habrá subido á algun árbol? Sólo veo el papagayo que salta, el colibrí que se pierde como una estrella en el éther, y el mono que se apoya en una rama seca y se burla de esta mu-

jer abandonada. ¿Qué he dicho? ¡Abandonada! Sí, sí; me ha dejado en los bosques, á merced ¡oh, crimen! de las fieras. Montes que hundís en el cielo vuestra frente; árboles que agitais vuestras ramas; cataratas que descendéis con sublime rumor desde las altas sierras al profundo abismo; aves que volais gozosas entre las ráfagas del viento; sol, almo sol que alumbras toda la tierra y todas las acciones de los hombres; séres de la naturaleza, si algo amais, si algo sentís, si algo sois, compadeced á una mujer que llora, y decidle dónde, dónde se oculta su alma, que ha perdido en el bosque. ¡Oh! Nada dicen. ¿Hay, hay dioses en el monte Merú, hay allí dioses, y callan? No tendrán corazón, no tendrán espíritu. Dioses, si no habeis hecho el Universo para vuestro divertimento; si no habeis arrojado los mundos en los espacios como el jugador arroja al acaso los dados sobre el tablero; si no habeis querido que los hombres pasaran la vida en la tierra danzando siempre como los monos en los palacios de los reyes; si teneis allá en vuestras almas alguna noción de justicia, y en vuestro pecho alguna ceniza apagada de amor al bien, bajad, bajad, dejad un instante vuestras delirantes orgías, y abridme un camino para que encuentre á mi esposo. In-

dra, que llevas en tu mano la copa de la vida, y en tus alas el viento, y en tus ojos la luz de los astros, descendiende á mi compadecido en tu carro de nubes, y llévame á través de los espacios al lugar donde se encuentre mi amado; y en agradecimiento coronas de verbena penderán puestas por mi mano en tus altares, y fuego sagrado encendido por mi soplo arderá en tus aras, y mil holocáustos llenarán sus templos, y seguras plegarias perfumarán mis labios consagrados á celebrar tu memoria... El cielo me desoye. ¡Abandonarme, abandonarme! No puedo llorar. Mi dolor se ha convertido en una de esas tempestades que truenan y relampaguean sin verter una gota de lluvia. Mi desesperacion se ha tornado ardiente nube de fuego. Si ahora le viera, si ahora se apareciese el fermentido á mi vista, me lanzaria sobre él como una hiena, y abriéndole el pecho con mis propias manos, le arrancaria el duro corazon, exprimiendo su negra sangre en la tierra, para que no volviese á latir una vida que es ponzoña del infierno. ¡Ah! No, no; si le viera, enlazaria mis brazos á su cuello, suspenderia mis labios de sus labios, mulliria un lecho de flores para sus cansados miembros, y con mi propia cabellera secaria sus piés, si estaban ensangrentados de

los abrojos esparcidos en el camino por donde huýo de mí. La nube corona el monte, y monte y nube se confunden allá en los espacios; el aire besa el árbol, y árbol y aire se aman; el arroyo riega las raices de las flores, y flores y arroyo se consuelan; la paloma arrulla á su amado, que le trae yerbas para el nido en el pico, y los dos son felices; la yedra se enlaza al tronco, y tronco y yedra viven de una misma vida; y en toda la naturaleza yo aparezco el único sér solo, el único sér abandonado. Mis débiles manos, acostumbradas antes á tronchar flores en mis jardines, y ahora rasgadas entre los riscos; mis piés, que no han pisado más que alfombras, cubiertos ahora de espinas; mi cuerpo, envuelto antes en ligera seda, y hoy desnudo; mi vida, conservada á tanta costa por los solícitos cuidados de mi madre, y hoy abandonada como una corriente sin cáuce; mis ojos, que siempre han visto miradas de amor, hoy descubriendo por todas partes amenazadores ódios, tigres hambrientos, serpientes que mueven contra mí sus colas, víboras que levantan sus áspides, insectos que me persiguen con sus agujijones; ¡ah! todo esto, sí, todo debe ser el presagio de mi muerte. ¡Padre, padre mio, si vieras á tu hija, no la conocerias! Un tigre abre sus fáuces des-